

supe que el célebre orador que debía tomar parte en la velada se había excusado á última hora por haber sido acometido de un cólico. Faltaban ya pocos números, y era indudable que parte del público se aburría soberanamente, y pensaba que á los autores de la velada no les venía mal su poquito de caridad, terminando la inhumana fiesta lo más pronto posible.

En la escalera encontré á mi hermano. Andaba visitando palcos, traía un ramito en un ojal y estrujaba en su mano *La Correspondencia*.

«Has estado verdaderamente filósofo — me dijo con pegadiza bondad —, pero con muchas metafísicas que no entendemos los tristes mortales. Lástima que no hicieras uso de los datos de mortalidad que te dió Pez á última hora, y del tanto por ciento de indigentes por mil habitantes que acusan las principales capitales de Europa. Yo he estudiado la cuestión, y resulta que las escuelas de instrucción primaria nos ofrecen 414 niños y $\frac{3}{4}$ de niño por cada...

— Has estado arriba, en el palco de la familia? — le pregunté, para cortar el hilo funesto de su estadística.

— No; ni pienso ir. ¡Buena la han hecho! ¿Te parece?... ¡Guindarse en ese palcucho! ¡Qué inconveniencia, qué tontería y qué estupidez! Mi mujer me pone en ridículo cien veces al día... Pues digo, ¿y á ti?... ¿Qué te ha parecido lo de la coronita?»

La carcajada que soltó mi hermano trajo á mi espíritu la imagen del malhadado obsequio que recibí, y no pude disimular el disgusto que esto me causaba.

«¡Si es la gente más tonta...! Apuesto que la idea fué de la *niña Chucha*. En cuanto á Manue-

la, es verdaderamente la terquedad en figura humana. Basta que yo desee una cosa...»

Yo disculpé á Lica; él se incomodó; díjome que yo, con mis tonterías de sabio, fomentaba la terquedad y los mimos de su esposa.

«Pero José...

— Tú eres otra calamidad, otra calamidad, entiéndelo bien. Nunca serás nada..., porque no estás nunca en situación. ¿Ves tu discurso de esta noche, que es práctico y filosófico y todo lo que quieras? Pues no ha gustado, ni entusiasmará nunca al público nada de lo que escribas, ni harás carrera, ni pasarás de triste catedrático, ni tendrás fama... Y tú, tú eres el que hace en mi casa propaganda de modestia ridícula, de ñoñerías filosóficas y de necedades metódicas.

— ¡Ay, José, José!...

— Lo dicho, camarada...»

En esto estábamos, cuando nos sorprendió un estrépito que de la sala del teatro venía. Al pronto nos asustamos. ¡Pero quia!...; eran aplausos, aplausos furibundos que declaraban entusiasmo vivísimo.

«¿Pero qué pasa?»

Los pasillos se habían quedado vacíos. Todo el mundo acudía á su sitio para ver de qué provenía tal locura.

XXVIII

«Habla Peñita.»

Esto decían, y al punto, descoso de oír á mi discípulo, dejé á mi hermano y subí al empinado palco donde estaba la familia. Entré; nadie vol-

vió la cara para ver quién entraba; tan embebecidas estaban las cuatro damas en contemplar y oír al orador. Sólo el negro me miró, y acariciándome una mano, se pegó á mi costado. Acercúeme sin hacer ruido, y por encima de las cuatro cabezas miré al teatro. No he visto nunca gentío más atento, ni mayor grado de interés, totalmente dirigido á un punto. Verdad es que pocas veces he visto mayor ni más brillante ejemplo de la elocuencia humana.

Fascinado y sorprendido estaba el público. Un joven con su palabra arrebatadora, don semidivino en que concurrían la elegancia de los conceptos, la audacia de las imágenes y el encanto físico de la voz robusta y flexible, había cautivado y como prendido en una red de simpatía la heterogénea masa de personas diversas, y en una misma exclamación de gozo se confundían el necio y el sabio, la mujer y el hombre, los frívolos y los graves. Despertaba el orador, con la vibración celestial de las cuerdas de su noble espíritu, los sentimientos cardinales del alma humana, y no había un solo espectador que no respondiese á invocación tan admirable. Doña Jesusa se volvió hacia mí, y en su cara observé que estaba como lela. Hasta el pintado esposo que campeaba en el pecho de la señora me pareció que se había entusiasmado en su placa de marfil ó porcelana. Mercedes me miró también, haciendo un gesto que quería decir: «Esto sí que es bueno.» Lica é Irene no movían la cabeza; la emoción las había convertido en estatuas.

Por mi parte debo declarar que la admiración que Manuel me causaba y el regocijo de presenciar triunfo tan grande del que había sido mi discípulo, me ponían un nudo en la garganta.

Sí; yo podía tomar para mí una parte, siquiera pequeña, de la gloria que el divino muchacho á manos llenas aquella noche recogía. Si recibió de la Naturaleza el extraordinario hechizo de la palabra, yo había labrado la pedrería de su grande ingenio; yo había dado á sus dones nativos la vestidura del arte, sin la cual habrían parecido desaliñados y toscos; yo le había enseñado lo que fueron y cómo se formaron los grandes modelos, y de mí procedían muchos de los medios técnicos y elementales de que se valía para obtener tan asombroso efecto. Así, cuando al terminar un párrafo estallaba en el público una tronada de aplausos, yo me rompía las manos y deseaba estar cerca del orador para estrecharle entre mis brazos.

¿Y de qué hablaba? No lo sé fijamente. Hablaba de todo y de nada. No concretaba, y sus elocuentes digresiones eran como una escapatoria del espíritu y un paseo por regiones fantásticas. Y sin embargo, notábanse en él pujantes esfuerzos por encerrar su fantasía dentro de un plan lógico. Yo le veía sujetando con firme rienda el brioso caballo alado que en las alturas se encabritaba, insensible al freno y al látigo. Con estar yo tan fascinado como los demás oyentes, no dejaba de comprender que el brillante discurso, sometido á la lectura, habría de presentar algunos puntos vulnerables y tantas contradicciones como párrafos. Mi entusiasmo no embotaba en mí el don de análisis, y, temblando de gozo, hacía yo la disección del esqueleto lógico, vestido con la carne de tan opulentas galas...

Pero, ¿qué importaba esto si el principal objeto del orador era conmover, y esto lo conseguía plenamente hasta el último grado? ¿Qué

admirable estructura de frases, qué enumeraciones tan brillantes, qué manera de exponer, qué variedad de tonos y cadencias, qué secreto inimitable para someter la voz al sentido y obtener con la unión de ambos los más sorprendentes efectos, qué matices tan variados, y por último, qué accionar tan sobrio y elegante, qué dicción enérgica y dulce sin descomponerse nunca, sin incurrir en la declamación, sin salmodiar la frase! Las imágenes sucedían á las imágenes, y aunque no todas eran de gran novedad, y aun había alguna que aparecía un poco mustia, como flor que ha sido muy manoseada, el público, y yo también, las encontrábamos admirables, frescas, bonitas. Algunas fueron de encantadora novedad.

Pero, ¿de qué hablaba? De lo que él mismo había dicho, del Cristianismo, de la redención y enaltecimiento de la mujer, de la libertad y un poco de los ideales grandes del siglo XIX. Allí salieron á relucir Isabel la Católica dando sus alhajas, Colón *redondeando la civilización*, y Stephenson, que, con la locomotora, *ha emparentado las partes del mundo...* Allí oí algo de las catacumbas, de Lincoln, el *Cristo del negro*, de las hermanas de la Caridad, del cielo de Andalucía, de Newton, de las Pirámides y de los caprichos de Goya, todo enlazado y tejido con tal arte, que el oyente le seguía de sorpresa en sorpresa, pasmado y hechizado, á veces con fatiga de tanta luz, de tan variados tonos y de transiciones tan gallardas.

Cuando concluyó, dijérase que se desplomaba el teatro, y que todo su maderamen crujía y se desarmaba con la vibración de las palmadas. Los más cercanos se abalanzaban hacia el escenario

como si quisieran abrazar al orador, y las señoras se llevaban el pañuelo á los ojos para secarse alguna lágrima, por ser cosa corriente en ellas que toda emoción, y el entusiasmo mismo, las haga llorar. Manuel se retiraba, y los aplausos le hacían volver á salir tres, cuatro, qué sé yo cuántas veces. El señor de Pez, no queriendo dejar de hacer algún papel conspicuo en tan solemne ocasión, sacaba de la mano al joven y le presentaba al público con paternal solicitud. Alguien decía: «Es un niño»; otros, «¡Qué prodigio!», y yo gritaba á los vecinos del palco próximo: «Es mi discípulo, señores; es mi discípulo.»

Lica se volvió á mí y me dijo:

«¡Qué lástima que no haya venido su mamita á oírle!»

Y doña Jesusa, suponiéndome desairado, me miró con benevolencia, y me dijo:

«También usted ha estado muy bien...»

¡Y yo no me acordaba de mi discurso, ni de la funesta corona!

«¡Qué lástima que no hubiéramos traído dos guirnaldas!»

— A propósito, Manuela, ¡qué inoportunas estuvisteis!...

— Calla, chinito, más mereces tú.

— Si es que Máximo — me dijo doña Jesusa, reforzando su benevolencia porque me suponía triste del bien ajeno — estuvo también muy bueno... Todos, todos han estado buenos...»

Y la otra no decía nada. Cuando concluyeron los aplausos volvió á su asiento. La miré; tenía las mejillas encendidas; también había llorado.

«¡Qué bueno, qué bueno! — exclamaba Lica sin cesar —. Este niño es un milagro. ¿Qué le ha parecido á usted, Irene?»

Irene me miró, y tuvo una frase celestial.

«Hace honor á su maestro.

— Este muchacho — afirmé yo — será un gran orador. Ya lo es. Parece que en él ha quedado la Naturaleza hacer el hombre tipo de la época presente. Está cortado y moldeado para su siglo, y encaja en éste como encaja en una máquina su pieza principal.

— Ahí, en el palco de al lado, decía un señor que Manuel será ministro antes de diez años.

— Lo creo; será todo lo que quiera; es el niño mimado del destino. Todas las hadas le han visitado en su nacimiento...

— Me parece que debemos marcharnos. Yo estoy muy cansada. ¿Y usted, mamá?

— Por mí, vámonos.

— ¿Y no oímos al tenor? — indicó Mercedes con desconsuelo.

— Niña, en el Real le oiremos.»

Levantáronse. Irene estaba en el antepalco distribuyendo abrigos. Cuando todos se abrigaron, también ella tomó el suyo. Yo atendí primero á doña Jesusa, á Lica, á Mercedes, después á ella que, con su alfiler en la boca, desdoblaba el mantón para ponérselo. Irene me dió las gracias. No sé por qué se me antojó que lloraba todavía. ¡Engaño de mis embusteros ojos!... Salimos. El negrito se colgó de mi brazo obligándome á inclinarme del costado derecho. Todo era para alcanzar mi oído con su hociquillo y decirme con tímido secreto: «Ninguno ha estado tan bien como *taita*. Mi amo Máximo les gana á todos, y si dicen que no...

— Calla, tonto.

— *Poque* no lo entienden.»

La necesidad de acompañar á la familia me

privó de ir al escenario para dar un estrecho abrazo á mi amado discípulo. Pero yo le vería pronto en su casa, y allí hablaríamos largamente del colosal éxito de aquella noche...

¡Y mi corona que se había quedado en el escenario! Mejor: *in mente* se la regalaba yo al arpista. No apoyaba esta idea Lica, que me dijo al subir al coche:

«Bien dice Irene que eres un sosón... ¿Por qué no has traído la corona? ¿Crees que no la mereces?... Pues sí que la mereces. Fué idea mía, ¿qué te parece?

— No, que fué idea mía — replicó prontamente la niña Chucha.

— No reñir, señoras; quedemos en que fué idea de las dos, lo cual no impide que sea una idea detestable.

— Mal agradecido.

— Relambido.

— Como no hubo tiempo, no pudimos escoger una cosa mejor. Lica escogió las flores.

— Y yo las hojas verdes.

— Y yo las cintas encarnadas.

— Pues todas, todas han tenido un gusto perverso.

— Bueno, bueno; no te obsequiaremos más.

— ¡Ay qué fantasioso!

Irene callaba. Iba junto á mí en el asiento delantero, y con el movimiento del coche su codo y el mío se frotaban ligeramente. Si fuera yo más inclinado á los retrúecanos de pensamiento, diría que de aquel rozamiento brotaban chispas, y que estas chispas corrían hacia mi cerebro á producir combustiones ideológicas ó ilusiones explosivas... Con el cuneo del coche se durmió doña Jesusa. Lica se echó á reír, y dijo:

«Ya mamá está en la Bienaventuranza. ¿Y usted, Irene, se ha dormido también?»

— No, señora — replicó la maestra con cierta sequedad.

— Como está usted tan callada... Y tú, Máximo, ¿qué tienes que no hablas?»

Advertí entonces que no había desplegado mis labios en buen espacio de tiempo. No sé si dije algo para responder á Lica. Llegamos, por fin, á casa. Nada aconteció digno de ser contado. Aburrimento general y desfile de cada persona hacia su habitación. Yo quise decir algo á Irene; la sentí detrás de mí cuando me despedía de doña Jesusa en el pasillo; volvíme, di algunos pasos, y ya había desaparecido. Fui al comedor...; nada. En el gabinete de Manuela..., tampoco. Pregunté á la mulata... La señorita Irene se había encerrado en su cuarto... ¡Ay, qué prisa, Dios mío!... Bien, bien; yo también me retiro.

El negrito se me colgó del brazo para hacerme inclinar y hablarme al oído. Siempre me decía sus cosas en secreto, con un susurro cariñoso que parecía infiltrar en mi espíritu el extracto más puro de la inocencia humana. Sus palabras fueron breves y revelaban cándido orgullo.

«Yo *taje* la corona de la tienda.

— Bueno, hijo, que te aproveche. Adiós.»

Antes de subir á casa quise felicitar á doña Javiera. La pobre señora estaba fuera de sí. También ella había ido al teatro, y presenciado desde el paraíso el grandioso triunfo de su querido hijo. Este le había llevado un palco; pero ella no quise ocuparlo y lo cedió á unas amigas; temía que su amor materno la arrastrase á demostraciones demasiado violentas, con lo que se

pondría en ridículo. En el paraíso, acompañada tan sólo de la criada, había llorado á sus anchas, y cuando oyó los palmoteos y vió el loco entusiasmo del público, creyóse transportada al Cielo. A la conclusión, la buena señora había perdido el conocimiento, y por poco no la llevan á la Casa de Socorro. Abrazóme con ardiente alegría, diciéndome que yo, como maestro de aquel milagro de la Naturaleza, tenía la mejor parte en su victoria.

«Por allí—prosiguió doña Javiera—no decían más sino: «Este muchacho va á hacer la gran carrera... El mejor día me lo ponen de diputado y de ministro. Vaya un hombrecito...» Figúrese usted, amigo Manso, si estaría yo hueca. Se me caía la baba y lloraba como una tonta. Me daban ganas de ponerme en pie y gritar desde la barandilla del paraíso: «¡Si es mi hijo! Yo, yo le he parido y le he criado á mis pechos...» La suerte que me desmayé... En fin, yo estaba loca. El corazón se me había puesto en la garganta... Por cierto que le vi á usted en un paleo alto con las señoras. Yo le miré muy mucho á ver si me columbraba para hacerle una seña diciendo: «Aquí estamos todos.» Pero usted no miró... ¡Ah!, y ahora que me acuerdo. También usted habló muy requetebién. Allí, al lado mío, había un señor muy descontentadizo que dijo tontías de usted... Casi nos pegamos él y yo, y cuando le echaron la corona las del palco, gritó: «A ese... bien, bien...» Si he de decirle la verdad, desde arriba no se oyó nada de lo que usted dijo, porque como habla usted tan bajito... Es el caso que como oía tan mal me iba quedando dormida. Desperté asustada cuando le echaban á usted la corona, y entonces di la mar de pal-

motadas... Después vino el verso. ¡Y qué verso tan precioso! ¡A mí me daba un gusto!... Esto de oír buenos versos es como si le hicieran á una cosquillas. Se ríe y se llora..., no sé si me explico.»

Y por aquí siguió charlando. Yo estaba fatigadísimo y deseaba retirarme. Era muy tarde y Manuel no venía. Deseaba yo verle aquella misma noche para felicitarle con toda la efusión de mi leal cariño; pero tardaba tanto, que me fuí á mi cuarto tercero y me recogí, ávido de silencio, de quietud, de descanso.

XXIX

¡Oh, negra tristeza!

Fúnebre y pesado velo, ¿quién te echó sobre mí? ¿Por qué os elevasteis lentos y pavorosos sobre mi alma, pensamientos de muerte, como vapores que suben de la superficie de un lago caldeado? Y vosotras, horas de la noche, ¿qué agravio recibisteis de mí para que me martirizarais una tras otra, implacables, pinchándome el cerebro con vuestro compás de agudos minutos? Y tú, sueño, ¿por qué me mirabas con dorados ojos de buho haciendo cosquillas en los míos, y sin querer apagar con tu bendito sople la antorcha que ardía en mi mente? Pero á nadie debo increpar como á vosotros, argumentos tenues de un raciocinio quisquilloso y sofisticado...

Tú, imaginación, fuiste la causa de mis tormentos en aquella noche aciaga. Tú, haciendo

pajaritas con una idea y enredando toda la noche; tú, la mal criada, la mimosa, la intrusa, fuiste quien recalentó mi cerebro, quien puso mis nervios como las cuerdas del arpa que oí tocar en la velada. Y cuando yo creía tenerte sujeta para siempre, cortaste el grillete, y juntándote con el recelo, con el amor propio, otros pillos como tú, me manteasteis sin compasión, me lanzasteis al aire. Así amaneció mi triste espíritu rendido, contuso, ofreciendo todo lo que en él pudiera valer algo por un poco de sueño...

La verdad es que no tenían explicación racional mi desvelo y mis tristezas. Se equivoca el que atribuya mi desazón á heridas del amor propio por el pasmoso éxito del discurso de Manuel Peña, comparado con el mío, que fué un éxito de benevolencia. Yo estaba, sí, muy arrepentido de haberme metido en veladas; pero no tenía celos de mi discípulo, á quien quería entrañablemente, ni había pensado nunca disputarle el premio en la oratoria brillante. La causa de mi hondísima pena era un presentimiento de desgracias que me dominaba, sobreponiéndose á toda la energía que mi espíritu posee contra la superstición; era un cálculo basado en datos muy vagos, pero seductores, y con lógica admirable llegaba á la más desconsoladora afirmación. En vano demostraba yo que los datos eran falsos; la imaginación me presentaba al instante otros nuevos, marcados con el sello de la evidencia. — Al levantarme, me dije:

«Soy una especie de Leverrier de mi desdicha. Este célebre astrónomo descubrió al planeta Neptuno sin verlo, sólo por la fuerza del cálculo, porque las desviaciones de la órbita de Urano le anunciaban la existencia de un cuerpo

celeste hasta entonces no visto por humanos ojos, y él, con su labor matemática, llegó á determinar la existencia de este lejano y misterioso viajero del espacio. Del mismo modo adivino yo que por mi cielo anda un cuerpo desconocido; no lo he visto, ni nadie me ha dado noticias de él; pero como el cálculo me dice que existe, ahora voy á poner en práctica todas mis matemáticas para descubrirlo. Y lo descubriré; me lo profetiza la irregular trayectoria de Urano, el planeta querido; irregularidades que no pueden ser producidas sino por atracciones físicas. Esta pena profunda que siento consiste en que llega hasta mí la influencia de aquel cuerpo lejano y desconocido. Mi razón declara su existencia. Falta que mis sentidos lo comprueben, y lo comprobarán ó me tendré por loco.

Esto dije, y me fuí á mi cátedra, donde varios alumnos me felicitaron. Yo estaba tan triste, que no expliqué aquel día. Hice preguntas, y no sé si me contestaron bien ó mal. Impaciente por ir á casa de mi hermano, abandoné la clase antes de que el bedel anunciara la hora. Cuando satisface mi deseo, la primera persona á quien vi fué Manuela, que me dijo con misterio:

«Cosa nueva. ¿Sabes que doña Cándida está encerrada con José María en el despacho? Negocios...

— Pobre José; de ésta va á San Bernardino.

— Cállate, niño. ¡Si está más rica!... Ha vendido unas tierras...

— ¡Tierras!.. Será la que se le pegue á la suela de los zapatos. Lica, Lica, aquí hay algo... Voy á defender á José. Calígula es terrible; le habrá embestido con mil mentiras, y como es tan generoso...

— No, déjalos... Pero chitito; aquí viene la de García Grande.»

Era ella, sí; entró en el gabinete como recelosa, acomodándose algo en el luengo bolsillo de su traje. ¡Ah!, sin duda acariciaba su presa, el pingüe esquilmo de sus últimas depredaciones. ¡Cómo revelaba su mirar verdoso la feroz codicia calmada, la reciente satisfacción de un rapaz apetito!... Nos miró con postiza dulzura, sentóse majestuosa, y volviéndose á tocar el bolsillo, se dejó decir:

«Ya, ya negocié esas letras... ¡Es tan bueno José!... ¡Hola!, ¿estás ahí, sosón? Me han dicho que anoche estuviste medianillo. Parece que se durmió el público en masa. Eso me han contado. El que parece que estuvo admirable fué ese Peñilla..., ese, el hijo de la carnicera tu vecina... Vamos á otra cosa, Manolita: ¿sabe usted que tengo que darle un disgusto?»

— ¿Á mí? ¿Qué?—exclamó mi pobre cuñada asustadísima.

— Hija, creo que tendré que llevarme á Irene. Ya ve usted... Estoy tan sola y tan delicadita de salud... Luego mi posición ha variado tanto, que verdaderamente no está bien que Irene..., me parece á mí..., sea institutriz asalariada, teniendo una tia...

— Rica.

— Rica, no; pero que tiene lo necesario para vivir cómodamente. ¿No cree usted lo mismo? ¿No cree usted que debo llevarla conmigo para que me acompañe, para que me cuide?...

— ¡Claro!...

— Es mi única familia; yo la he criado, ella será mi heredera... porque estoy tan mala, tan mala, Manuela, créalo usted...»

Soltó una lágrima pequeñita, que se disolvió en una arruga y no se supo más de ella.

«Esto no quiere decir — prosiguió — que yo me lleve á Irene de prisa y corriendo; sería una cosa atroz. Puede estar aquí algunos días, para que complete las lecciones..., ó si quiere usted que se quede hasta que se le encuentre suceso... Eso usted y ella lo decidirán. Está tan agradecida, que... ya, ya le costará algunas lágrimas salir de aquí. Adora á las niñas.»

Manuela parecióme desorientada.

«¿Y el ama? — preguntó mi cínife demostrando vivísimo interés —. ¿Siguen los antojos y las...?»

— ¡Ah! — exclamó Manuela —; no me hable usted, doña Cándida... Insoportable, insoportable. Es un demonio.»

Dejélas hablando del ama, y corrí adonde me impelía mi ardiente curiosidad. Estaba Irene dando la lección de Gramática, y la sorprendí diciendo con voz dulcísima: *hubierais, habríais y hubieseis amado*.

Mi ansiedad me quitaba el aliento, y apenas lo tuve para preguntarle:

XXX

«¿Conque se nos va usted?»

— Sí — me dijo en tono resuelto, mirándome de lleno, como si vaciara (así me parecía) todo el contenido luminoso de sus ojos sobre mí.

— ¡De veras! ¿Y cuándo?»

— Hoy mismo. Lo que ha de ser...

— ¡Qué pícara!... ¿Pero tiene usted algún motivo de descontento en la casa?»

— No diga usted tonterías. ¡Descontenta yo de la casa! Diga usted agradecidísima.

— Entonces...

— Pero es preciso, amigo Manso. No se ha de estar toda la vida así. Y si tengo que salir de la casa, ¿no vale más hacerlo de una vez? Cada día que pase ha de serme más penoso... Pues nada, hago un esfuerzo, tomo mi resolución...

— ¡Es tremendo!... — exclamé hecho un tonto, y repitiendo su adjetivo favorito.

— Sí señor; me cortó la coleta... de maestra — replicó echándose á reír.

¿No revelaba su rostro una alegría loca? O así era, ó soy lo más torpe del mundo para leer tus signos, alma humana. Aquella alegría me desconcertó, porque habíamos llegado á un punto en que todo desconcertaba, y sólo le dije:

«¿Hay proyectos?»

— Sí señor; tengo mis proyectillos..., ¡y qué buenos! ¿Pues qué? ¿Creía usted que sólo los sabios tienen proyectos?»

Las dos niñas, Isabel y Merceditas, nos miraban absortas, con sus abiertos libros en las manos y abandonadas éstas sobre las rodillas. Saboreaban quizás aquel descanso en la lección, y de seguro nos habrían agradecido mucho que nos estuviéramos charlando todo el día.

«No, no, no. Yo celebro que usted tenga proyectos y que deje esta vida... Mucho hay que hablar sobre el particular... Pero siga usted la lección, que después...

— ¿Hablaresmos?... Sí señor; yo también deseo hablar con usted; però es tanto lo que hay que decir...

— Luego... aquí — dije, y en el momento que tal decía, me acordaba de la solemnidad con que los actores suelen pronunciar aquellas palabras en la escena.

De la manera más natural del mundo yo me volvía melodramático. Creo que me puse pálido y que me temblaba la voz.

«Aquí no...» — indicó ella respondiendo á mi turbación con la suya, y mirando á los chicos y á la Gramática, como solicitada por la conciencia de sus deberes pedagógicos.

Y el *aquí no* salió de sus labios timbrado con un dulce tono de precaución amorosa. Era el sutil instinto de prudencia, que ya en la primera travesura femenina suele aparecer tan desarrollado como si el uso de muchos años lo cultivara.

«Es verdad, aquí no» — repetí.

Yo no tenía iniciativa. Ella la tenía toda, y me dijo:

«En mi casa, en mi nueva casa. ¿Pero no ha de ir usted á visitarnos?»

— Mañana mismo.

— Poquito á poco. Ya le avisaré á usted.

— ¿Pero será pronto?»

— Creo que sí. Por ningún caso vaya usted antes de que yo le avise.»

Y me dió sus señas escritas con lápiz en un papelito. Sentí susurro de voces junto á la puerta, y los cuatro empezamos á conjugar con un fervor...!

Lica entró de muy mal talante. Oímos la voz de José María que se alejaba, y comprendí que entre marido y mujer había chamusquina... Pero mi hermano se fué; almorzaba fuera, suspendiendo así las hostilidades, y cuando almorzába-

mos Manuela y yo, ésta, muy alterada, me dijo:

«Ya se largó doña Cándida. ¡Qué cosa!... Nunca he visto en ella tanta prisa para marcharse. Estaba deshecha. Con decirte que no ha querido quedarse á almorzar... Esto no se comprende; el mundo se acaba. No sé qué tengo, Máximo. Doña Cándida me ha dado que pensar hoy. Tenía tanta prisa... Yo le preguntaba sobre su nueva casa, y me respondía mudando la conversación y hablando de otras cosas. Vaya, vaya, como no salga verdad lo que tú dices, y resulte que es una fantasma...»

Yo me callé. No, no me callé; pero sólo dije: «Pronto lo sabremos.»

Y ella, taciturna, siguió almorzando entre suspiros, y yo, meditabundo, apenas probé bocado.

José María volvió más tarde. Las ocupaciones que tenía en su despacho parecían un pretexto para estar en la casa á cierta hora. Mostróse complaciente conmigo y con Manuela; mas el artificio de su forzada bondad, á la leuga se descubría... Nos dijo que el tiempo estaba magnífico, y enseñándonos billetes de invitación para no sé qué fiesta de caridad que había en los Jardines del Retiro, nos animó á que fuéramos. Manuela no quiso ir, ni yo tampoco.

«¿Y tú no vas? — preguntó á su marido.

— Ya ves. Tengo que hacer aquí.»

Aparentemente tenía ocupaciones. En el recibimiento y en la sala había ración cumplida de pediguñeos de todas categorías, los unos empleados cesantes, los otros pretendientes puros. Desde que mi hermano empezó á figurar, las nubes de la empleomanía descargaban diariamente sobre la casa abundosa lluvia de postu-

lantes. Oficiales de intervención, guardas de montes, empleados de consumos, innumerables tipos que habían sido, que eran ó querían ser algo, venían sin cesar en solicitud de recomendación. Quién traía tarjeta de un amigo, quién carta, quién se presentaba á sí mismo. José María, cuyo egoísmo sabía burlar toda clase de molestias siempre que no le impulsase á sobrellevarlas el amor propio, se quitaba de encima casi siempre, con mucho garbo, la enojosa nube de pretendientes, y salía dejándoles plantados en el recibimiento ó mandándoles volver. Pero aquel día mi benéfico hermano quiso dar indubitables pruebas de su interés por las clases desheredadas, y fué recibiendo uno por uno á los sitiadores dando á todos esperanzas y alentando su necesidad ó su ambición.

«Está bien: déme usted una nota... He dado la nota al ministro... Vea usted lo que me contesta el director: me pide nota... ¡Pero si olvidó usted ayer darme la nota...! Creo que nos equivocamos al redactar la nota; de ahí viene que la Dirección... Lo mejor es que mande usted otra nota... Ya he tomado nota, hombre; ya he tomado nota.»

Y dando notas, y pidiendo notas, y ofreciéndolas y transmitiéndolas se pasó el muy ladino toda la tarde.

Entretanto, Irene recogía sus cosas. Más de dos horas estuvo encerrada en su cuarto. Sólo las niñas la acompañaban, ayudándola á empaquetar y hacer diversos líos. Poco después vi su baúl-mundo en el pasillo atado con cuerdas. Cuando se despidió de Manuela, las lágrimas humedecían su rostro, y su nariz y carrillos estaban rojos. Las dos niñas, medrosas de su propia

pena, se habían refugiado en la clase, donde lloraban á moco y baba.

«¡Qué tontería!... — les dijo Irene corriendo á darles el último beso—. Si vendré todos los días...»

La despedida fué muy tierna; pero Manuela estaba algo atolondrada, y no se había dejado vencer de la emoción lacrimosa. Serena despidió á la que había sido institutriz de sus hijas, y la acompañó hasta la puerta.

En aquel momento José María salió de su despacho. Acabáronse todas las ocupaciones y las notas todas como por encanto.

«¿Pero ya se va usted? — dijo muy gozoso—. Yo también salgo. La llevaré á usted en mi coche.

— No, señor; gracias, no, de ninguna manera — replicó Irene echando á correr escalera abajo —. Ruperto va conmigo.»

José María bajó tras ella. Manuela y yo nos acercamos á los cristales del balcón del gabinete para ver...

En efecto; no pudiendo Irene evadir la galantería de mi hermano, entró en el coche, seguida de José; y al punto vimos partir á escape la berlina hacia la calle de San Mateo.

«¡Has visto, has visto!... — exclamó Lica clavando en mí sus ojos llenos de ira, y corriendo á echarse en una mecedora.

— ¿Qué? No formes juicios temerarios... Todavía...

— ¿Qué todavía?... Esto es horrible... ¡Qué fresco! La lleva en su coche... Por eso ha estado aquí toda la tarde... esperando... ¡Máximo, qué afrenta; Jesús, qué infamia!... Si no lo hubiera visto... No te chances... ya... Estoy brava, soy una loba...»

Meciéndose, expresaba con paroxismo de indolencia su dolor, como otras lo expresan con violentas sacudidas.

«Yo me muero, yo no puedo vivir así — exclamó rompiendo en llanto —. Máximo, ¿qué te parece? En mi propia cara, delante de mí, estas finezas... Eso es no tener vergüenza, y la *sinvergüencería* no la perdono.

— Pero mujer, si no tienes otro motivo que ése..., cálmate. Veremos lo que pasa después...

— Bobo, yo adivino, y mis celos tienen mil ojos — me dijo meciéndose tan fuerte que creí se volcaba la mecedora —. Nada sé positivo, y, sin embargo, algo hay, algo hay... Te dije que Irene me parecía muy buena. ¡Guasal! es que nos engañaba del modo más... Mira, yo he sorprendido en ella... ¡Ay!, yo soy tonta; pero sé conocer cuándo una mujer trae enredos consigo, por mucho que disimule. Irene nos engaña á todos. ¡Es una hipócrita!»

XXXI

¡Es una hipócrita!

Esto caía sobre mi mente como recio martillazo sobre el yunque, y hacía vibrar mi ser todo.

«Pero Lica, cálmate, razona...

— Yo no calculo, tonto; yo siento, yo adivino, yo soy mujer.

— ¿Qué has visto?

— Pues últimamente Irene daba muy mal las

lecciones. Iba para atrás como los cangrejos. Lo enseñaba todo al revés... Una tarde... — ahora doy más importancia á estas cosas... — la pillé leyendo una carta. Cuando entré la guardó precipitadamente. Tenía los ojos encendidos... Luego este afán de ir á casa de su tía... ¡Qué fresca! Voy comprendiendo que también la tía es buena lámpara...

— ¡Leía una carta! Pero esa carta, ¿por qué había de ser de tu marido?

— Yo no sé..., la vi de lejos, un momento... Fué como un relámpago... No vi las letras; pero mira tú, me parecía ver aquellas *pes* y aquellas *haches* tan particulares que hace José María... Esa chica, esa... No, no, aquí hay algo, aquí hay algo. Esta noche hablaré clarito á mi marido. Me voy para Cuba. Si él quiere mantener queridas, y arruinarse, y tirar el pan de mis hijos, yo soy su madre, yo me voy á mi tierra, yo me ahogo en esta tierra, yo no quiero que la gente se ría de mí, y que con mi dinero echen fantasma las bribonas... ¡Mamá, mamá!»

Y á punto que aparecía doña Jesusa, pesada y jadeante, Lica, la buena y pacífica Manuela cayó en un paroxismo de ira y celos tan violento, que allí nos vimos y deseamos para hacerla entrar en caja. Después de llorar copiosamente en brazos de su madre, la cual daba cada gemido que partía el corazón, perdió el conocimiento, y disparados sus nervios empezó una zambra tal de convulsiones y estirar de brazos y encoger de piernas, que no podíamos sujetarla. Tan sólo el ama con su poderosa fuerza pudo domar los insubordinados músculos de la infeliz esposa, y al fin se tranquilizó ésta, y le administramos, por fin de fiesta, una taza de tila.

«Nos iremos, niña de mi alma — le decía doña Jesusa —; nos iremos para nuestra tierra, donde no hay estos *zambeques*.»

Toda la tarde y parte de la noche tuve que estar allí, acompañándola. Cuando me retiré, José María no había venido aún. Pero á la mañana siguiente, cuando fui, después de la clase, á ver si ocurría un nuevo desastre, encontré á Manuela muy sosegada. Su marido había entrado tarde, y al verla tan afligida, le había dado explicaciones que debieran de ser muy satisfactorias, porque la infeliz estaba bastante desagraviada y casi alegre. Era la criatura más impresionable del mundo, y cedía con tal ímpetu á las sensaciones del último instante, que por nada se enardecía, y por menos que nada se desenojaba. El furor y el regocijo se sucedían en ella llevados por una palabra, como lucecillas que con un soplo se apagan. Su credulidad era siempre más fuerte que su suspicacia, y así no comprendo cómo el bruto de José María no acertaba á tenerla siempre contenta. Aquel día lo consiguió, porque en los momentos críticos de la vida sabía el futuro marqués emplear algún tacto, ó más bien marrullería. El también estaba festivo, y cuando hablamos del asunto peligroso, me dijo: «Parece que todos sois tontos en esta casa. Porque se me haya antojado decir dos bromas á Irene y la llevara ayer tarde en mi coche, se ha de entender... Sois verdaderamente una calamidad; y tú, sabio, hombre profundo, analizador del corazón humano, ¿crees que si hubiera malicia en esto, había de manifestarla yo tan á las claras?»

— No, si yo no creo nada. Lo que de cierto haya, al fin se ha de saber, porque ninguna cosa

mala se libra hoy del correctivo de la publicidad, correctivo ligero ciertamente, y para algunos ilusorio, pero que tiene su valor, á falta de otros... Ya que de esto hablamos, ¿no podrías darme alguna luz en un asunto que me ha llenado de confusión? ¿No podrías decirme de dónde le ha venido á doña Cándida esa fortunilla que le permite poner casa y darse lustre?...

— Hombre, qué sé yo. Aquí me trajo unas letras á descontar... Le di el dinero. No es gran cosa; una miseria. Sólo que ella pondera mucho, ya sabes, y cuenta las pesetas por duros, para gastarlas después como céntimos. Si he de decirte de dónde provenían esas letras, verdaderamente no lo sé. Tierras vendidas, ó no sé si unos censos...; en fin, no lo sé, ni me importa. Supongo que la casa que ha puesto será algún cuartito alto con cuatro pingos... ¡Pobre señoral... Vamos, ¿y qué dices de la sesión de ayer? ¡Si vieras!, salió el Ministro con las manos en la cabeza, y el centro izquierdo quedó fundido con el ángulo derecho... ¿Te has enterado de las declaraciones de Cimarra? Nosotros...

— No me he enterado de nada.

— Y en el correo de pasado mañana debe venir mi acta. Si tú no fueras una calamidad, podrías aceptar los ofrecimientos que me ha hecho el Ministro.

— Hombre, déjame en paz... Volviendo á doña Cándida...

— Déjame tú en paz con doña Cándida.»

Conocí que no era de su agrado aquel tema, y tomé nota.

«¡Ah!, aquí tienes los periódicos que se ocupan de la velada... Mira, éste te llama *concienzudo*, que es el adjetivo que se aplica á los actores

medianos. Aquél te pone en las nubes. Váyase lo uno por lo otro. Con respecto á Peña, están divididos los pareceres: todos convienen en que tiene una gran palabra, pero hay quien dice que si se exprime lo que dijo, no sale una gota de substancia. ¿Quieres que te diga mi opinión? Pues el tal Peña me parece un papagayo. ¡Lo que vale aquí la oratoria brillante y esa facultad española de decir cosas bonitas que no significan nada práctico! Ya hablan de presentar diputado á Peñita y dispensarle la edad... Como si no tuviéramos aquí hombres graves, hombres encanecidos... Te lo digo con franqueza..., me revienta ese niño y su manera de hablar... Lo que es en el púlpito no tendría igual para hacer llorar á las viejas..., pero en un Congreso... ¡Hombre, por amor de Dios! Es verdaderamente lamentable que se hagan reputaciones así. Después de todo, ¿qué dijo? Las Cruzadas, Cristóbal Colón, las Hermanas de la Caridad con sus tocas blancas... ¡Por amor de Dios, hombre! Yo creo que concluiremos por hablar en verso, del verso se pasará á la música, y, por fin, las sesiones de nuestras Cámaras serán verdaderas óperas... Vete al Congreso de los Estados Unidos, oye y observa cómo se tratan allí las cuestiones. Hay orador que parece un borracho haciendo cuentas. Y sin embargo, ve á ver los resultados prácticos... Es verdaderamente asombroso. Nada, nada; estos oradores de aquí, estas eminencias de veinte años, estos trovadores parlamentarios me atacan los nervios. Y lo que es el tal Peñita me revienta. Pondríale yo á picar piedra en una carretera para que aprendiese á ser hombre práctico. Y desde luego, á todo aquel que me habla de ideales humanos, de evoluciones, de palin-

genesia, le mandaría á descargar sacos al muelle de la Habana, ó arrancar mineral en Riotinto para que adquiriera un par de ideas sobre el trabajo humano. ¡Por amor de Dios, hombre, no digas que no! Háganme autócrata, denme mañana un poder arbitrario y facultades para hacer y deshacer á mi gusto. Pues mi primera disposición sería crear un presidio de oradorcitos, filósofos, poetas, novelistas y demás calamidades, con la cual dejaría verdaderamente limpia y boyante la sociedad.

— ¡José! — exclamé con efusión humorística y hasta con entusiasmo —, eres el mayor bruto que conozco.

— Y tú la octava plaga de Egipto.

— Y tú la burra de Balaam.»

Parecióme que se amoscaba... Pues yo también.

«Pues todos en presidio, veríais qué bien quedaba esto.

— Sí, la nación sería un pesebre.

— Eso... lo veríamos. Yo hablaría...

— Y dirías *mu*.

— Hombre, la vanidad, la suficiencia, el *tupé* de estos señores sabios es verdaderamente insoportable. Ellos no hacen nada, ellos no sirven para nada; son un rebaño de idiotas...»

Y se amoscaba más.

«Pero la vanidad del ignorante — dije yo —, además de insoportable es desastrosa, porque funda y perfecciona la escuela de la vulgaridad.

— Pues mira como estamos, gobernados por tanto sabio.

— Mira como estamos, gobernados por tanto necio.

— No señor.»

Se puso pálido.

«Pues sí señor.»

Me puse rojo.

«Eres lo más...

— Y tú...»

Trémulo de ira salió, cerrando la puerta con tan furioso golpe, que retembló toda la casa. Y cuando nos vimos luego, evitaba el dirigirme la palabra, y estaba muy serio conmigo. Por mi parte, no conservaba de aquella disputa pueril más que la desazón que su recuerdo me producía, unida á un poquillo de remordimiento. Deploraba que por cuatro tonterías se hubiera alterado la buena armonía y comunicación fraternal que entre los dos debía existir siempre, y si hubiera sorprendido en él la más ligera inclinación á olvidar la reyerta, habríame apresurado á celebrar cordiales y duraderas paces. Pero José estaba torvo, cejijunto, y al pasar junto á mí no se dignaba mirarme.

XXXII

Entre mi hermano y yo fluctuaba una nube.

¿Saldría de ella el rayo? Mi propósito era evitarlo á todo trance. Hablé de esto con Lica, que en el breve espacio de un día había vuelto á caer en sus inquietudes y tristezas. La reconciliación matrimonial había sido de tan menguados efectos, que no tardó el espectro de la discordia en anularla pronto, erigiéndose él mismo sobre el altar del destronado Himeneo. Durante todo el

día que siguió á la trivial disputa, acompañé á mi hermana política, escuchando con paciencia sus quejas, que eran interminables... Sí; ya no la engañaría más, ya iba aprendiendo ella las picardías. Ya no volvería á embaucarla con cuatro palabras y dos cariñitos... Por fuerza había algo en la vida de su esposo que le sacaba de quicio. José no era el José de otros tiempos.

Con estas jeremiadas entreteníamos las horas de la tarde y de la noche, que eran largas y tristes, porque Lica había suprimido la reunión, y á nadie recibía. José María no se presentaba en la casa sino breves momentos, porque había recibido su acta, habíala presentado al Congreso, había jurado, le habían elegido presidente de la Comisión de melazas, y el buen representante del país, consagrado en cuerpo y alma á los sagrados deberes del padrazgo parlamentario y político, no tenía tiempo para nada. En esto transcurrieron cuatro días, que fueron para mí pesados y fastidiosos, porque Irene no me había dado el prometido aviso para ir á su casa; y yo con mis delicados escrúpulos, no quería infringir de ningún modo una indicación que me parecía mandato. Me pasaba la mayor parte del día acompañando á la olvidada y digna esposa de José María, la cual, entre las salmodias de su agravio, aprovechaba mi constante presencia en la casa para inclinarme á ser su pariente, casándose con su hermana. ¡Proyecto tan bondadoso como imposible! Reconociendo yo como el primero las excelentes cualidades de Mercedes, no sentía ni la más ligera inclinación amorosa hacia ella, y además se me figuraba que yo le hacía muy poca gracia para marido y menos para novio.